



ESPORA

Revista de arte y literatura





"Se nos obligó a crear un lenguaje secreto, y lo hicimos bello y divertido. Tanto que la sociedad tuvo que tomar, mediatizándolas, muchas de nuestras formas de arte y sensibilidad"

José Joaquín Blanco

"Ojos que dan pánico soñar"

CARTA EDITORIAL



Descubrir. Quitar capas, prendas. Desnudar. Buscar: dentro y fuera.

No existe el final de un viaje, este es infinito, se transforma y alarga en nuevos destinos, nuevas travesías: una incesante búsqueda.

Identidad: perpetua indagación del ser. Cuando creemos encontrar quienes somos, se develan nuevas vertientes, opciones antes no vislumbradas. Continuamos aprendiendo sobre nosotros.

Definir la identidad de género y la orientación sexual no es el fin, ni necesariamente el objetivo. No obstante, reconocer su pluralidad da pie a nuevas formas de entendernos.

¿Cómo vivir nuestra verdad? ¿Cómo coexistir con el alrededor?

Siendo. Expresándonos a través del arte, de la moda, del actuar. Acogiendo nuestra verdad con orgullo. Experimentando, tomando riesgos y avanzando, pues el arcoíris no tiene fin. Pero esperamos mostrar un breve espectro en este número.

**Diana Valeria Enríquez Vega,
Gabriela Mulia Jiménez, Jefas editoras**

DIRECTORIO

Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

Editoras responsable de este número

Diana Valeria Enríquez Vega
Gabriela Mulia Jiménez

Consejo Editorial

Gabriel Isai Galaviz Loaiza
María Teresa Cruz Muñoz
Marcia Leticia Ruiz Olguin
Ana Victoria Cárdenas García
José Carlos Antonio Colohua

Dirección de diseño

Martha Alejandra Leal Aburto

Diseño

Patricia Elizabeth Segovia Frankenberger
Oscar Mariano Franco Nuño
María Paula Alamilla González
Lucia Garza Balbuena
Sara Valeria Puch Ramos
Martha Alejandra Leal Aburto

Ilustración

Lucia Garza Balbuena Página 22-27

Comunicación

José Carlos Antonio Colohua

Colaboradores

B. Alexis R. Nevárez
Nexcoyotl
Mariana Riestra
Marcia L. Ruiz Olguin
Luz Solís
Huliet Moreno Huízar
Ricardo Pérez López
Andrea Galindo
Marcia L. Ruiz Olguin
emaLúa ganchola

Portada

Martha Alejandra Leal Aburto

ESPORA, Año 7 No. 37, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Diana Valeria Enríquez Vega, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 27 de junio del 2023. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESPORA

NÚMERO 37

ÍNDICE

- 6** **Los encuentros**
B. Alexis R. Nevárez
- 10** **Blasfemia**
Nexcoyotl
- 12** **Julia**
Mariana Riestra
- 16** **Daffodil**
Marcia L. Ruiz Olguin
- 18** **El intermedio**
Luz Solís
- 22** **Puntos de una galaxia**
Huliet Moreno Huízar
- 24** **Afuer(3)a del clóset**
Ricardo Pérez López
- 28** **TQ y Ya**
Andrea Galindo
- 30** **Corporis tui et sanguínis sumptis mystériis**
Marcia L. Ruiz Olguin
- 34** **Selección de poemas de "Rosa"**
emaLúa ganchola

LOS ENCU

Mirando desde el balcón, vista plagada de humedad, donde siento la piel abrazada por una brisa ardiente que viene de la playa, veo el mar batirse sobre la arena, dibujar espuma sobre las olas verdes corruptas por la mancha oscura del agua turbia, y recuerdo esos días más luminosos en otra playa al norte de aquí, donde el mar aún juega un duelo contra la costa de piedras y con cada impacto va reclamando para sus profundidades una nueva colección de peñascos, donde el agua clara nos reveló un vistazo al fondo de su playa plagada de pecillos y cangrejos. Debí haberte besado frente a esas aguas de sal y dejar que el sino del Pacífico nos deshiciera, en vez de que nos deshiciera el Noto frente a los álamos de una plaza olorosa a cacao.

*

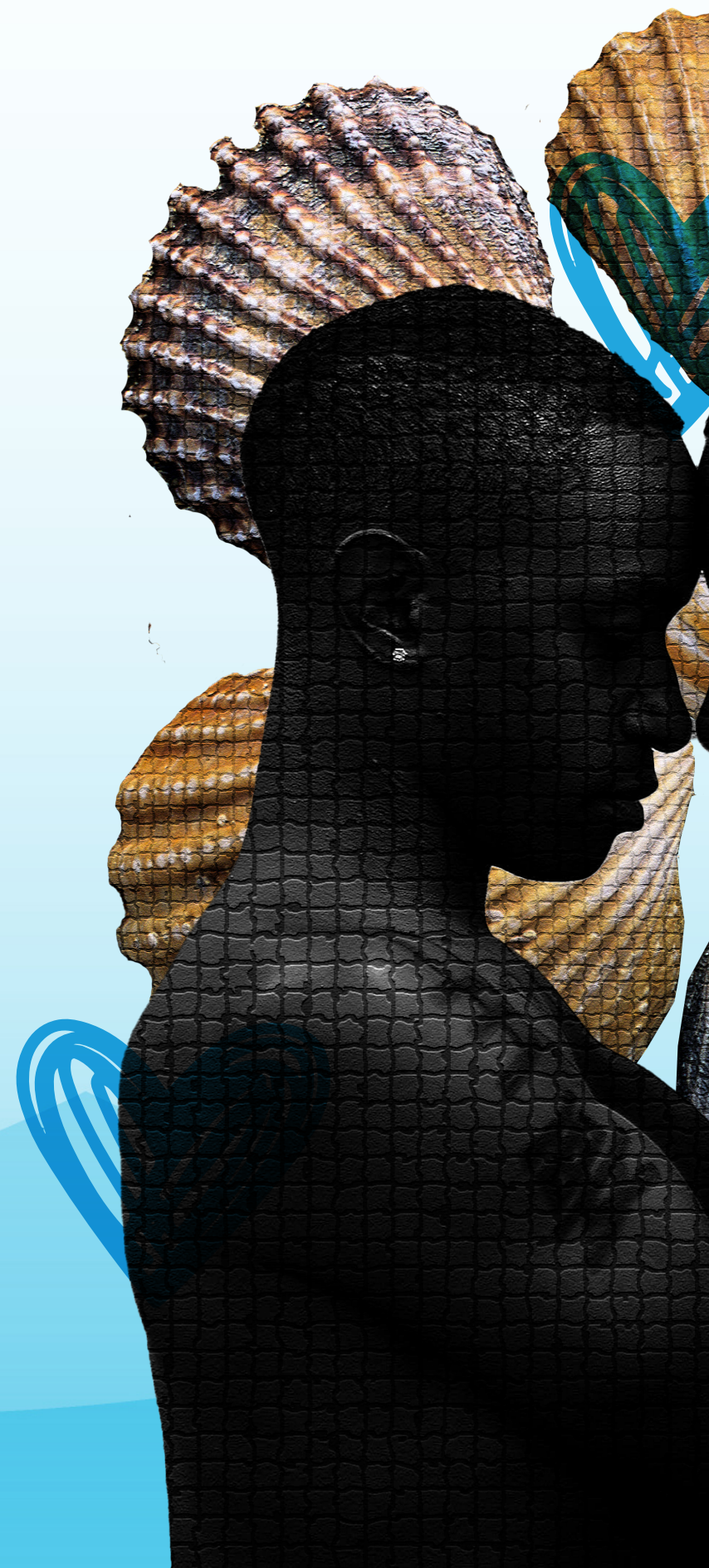
6

Ellos se miraron, de un lado al otro de la desvincijada cama, quietos como un par de cayos sobresaliendo en un bullicioso mar, entre las voces de sus acompañantes confundidas con el rumor de un océano indiferente, y no se besaron. Solo la mirada tendió un puente de pupila a pupila, entre el ámbar y el petricor, unos ojos rasgados y tristes emparejados a otros que ardían de miedo. Solos si no fuera por los otros indiferentes, abandonados al naufragio de sus demonios. Se miraron, pero no se besaron y en el último momento, cuando su canción casi acababa, la canción que cantaron en voces desafinadas sin importarles el ridículo, solo por demostrarse el uno al otro la calada profundidad de las letras y sentimientos cantados, él se incorporó para abandonar la cama, la habitación, para abandonarlo a él también.

Desde la cama lo vio girar la ridícula manija empequeñecida por el tamaño de su mano robusta y salir al pasillo de la noche donde su tránsito sería iluminado por lámparas automáticas. Desde la cama vio, también, las luces apagarse a su espalda, pero no se levantó para seguirlo, la canción continuaba llorando a través de las bocinas y él siguió su ejemplo para comprobar si el llanto le embellecía el rostro, como dijo la poeta, pero el otro ya no estuvo ahí para afirmarlo o desmentirlo. Se quedó con la duda.

*

B. Alexis R. Narváez
Ciudad Juárez, Mx.
IG: enelcuartomenguante



JENTROS



El agua oscura se retrae de la costa y va a perderse tras la noche, más allá de un horizonte en el que brillan las farolas de los barcos, la boca negra de lo desconocido se traga el agua, los recuerdos y la sal de mis lágrimas secas antes de devolverme una mirada de vacío que hace tintinear mi corazón para sentirlo otra vez, para que me recuerde que esa amígdala roja y palpitante supura cálculos de conchas rotas y familiares piedritas de mar. Así era la noche que te engulló de un bocado, pero sin las lucecillas dispersas de la ciudad, sin el espejismo de estos rascacielos morados que aparecen al caer el sol tras el océano, negra como las viudas que nos acosaron en esa playa, como el caparazón de los pinacates ocultos entre las sábanas. Al menos me alegra que la noche no te engullera solo. Fue testigo de tus pláticas con ella.

7

Al filo de las barandas en la casa de los mil balcones, al filo de faroles amarillos y las sillas de feria tú y ella compartieron secretos, confidencias, el peso de un encierro. Los vi juntar un hombro en la barandilla, con ese encogimiento de hombros tan tuyo, estabas en paz con ella en el silencio, a la luz de esa noche sin luna, perdidos en un irrisorio peñasco olvidado del Pacífico y hallaron entre ustedes una seguridad envidiable. Envidia que reviví ese día en la plaza de chocolate después de ver unas fotos tomadas por ella en las que sonreías remando en ese lago de chapulines tan puro y simple, todo lo contrario al lago artificial de mi imaginación. Después de verla sentada a tu lado con el confort de tu brazo sosteniendo el respaldo de su silla me dolió el pecho. Tomaron chocolate y yo agua, aspiraron el aire liviano de los álamos que les halagaba revoloteando hojas amarillas en su regazo y yo, el humo espeso de nicotina saborizada que fue cerrándome la garganta con cada bocanada hasta la asfixia, pero seguí inhalando, tragándome la tos, las palabras, la incomodidad.

*



Quien los hubiera visto podría jurar que eran una pareja, el vuelo de sus faldas se retorció entre la brisa de la tarde, abrazaba los pantalones vaqueros de él, un juego del viento danzaba con la mezclilla y la seda mientras caminaban al encuentro, cita imprevista, cargada de sorpresas. Iban a verse los tres en esa plaza de álamos tan altos que apenas una decena de haces danzarinas dibujaban un cielo estrellado en las planchas de cemento estriadas, quebradas, lisas y levantadas entre las que se hubieran tropezado los transeúntes si la plaza no estuviera desierta, reservada para que el viento hiciera acrobacias con las hojas y el follaje aplaudiera con su rumoroso movimiento el espectáculo de risas de los tres comensales sentados ante la chocolatería.

Se miraron de una silla a la otra, contiguas, como si en los ojos cristalinos revivieran el paseo en el lago de chapulines, volviendo a ver una broma resultado de un antojo, cómplices de unas memorias más luminosas que una noche sembrada de pinacates e incertidumbre donde los fantasmas del remordimiento anidan detrás de cada sombra y la picadura de una araña hubiera sido una bendición de natura, pero al mirarse ellos de nuevo como antes, en la cama, las fotografías guardadas en los ojos mostraron el mar cristalino donde los tiburones hacían su nido, la playa de piedras que cada siete olas se desmoronaba hacia el fondo del mar con el estrépito de un derrumbe catastrófico y ambos sabían que en el centro estaba él con los pies atravesados por aristas pétreas, los labios agrietados de tanta sal, el mar jugando a derribarlo embistiendo sus piernas aunque solo provocara que el repliegue de las piedras hacia el agua se hiciera más violento, haciéndolas sangrar en su interminable descenso a las fosas azules de la noche submarina.

*



Mirando desde el balcón, una vista infinita del agua turbia ultrajada por la brutalidad de los huracanes y los derrames de gasolina, veo la playa batiéndose en el duelo del mar y me veo a mí mismo entre las aguas de espuma, resistiendo la fuerza de la marea que reclama las piedras dentro de mí, veo el diseño de las olas dibujado sobre la arena como una firma repetida infinidad de veces para apropiarse de la playa, siento los diminutos granos que van pegándose a mi piel y te recuerdo bajo los álamos, en esa plaza sin luna solo alumbrada por faroles amarillos, con el sabor detestable del cacao en tus bigotes, con el deseo de un beso sobre tus labios.

A la par que el agua me cubre el torso, siento tu despedida, la calidez de tus brazos se cierra en torno a mí, ese abrazo eterno del que quise zafarme antes de lamentarme en público, antes de regalarles mis lágrimas de espectáculo, antes de que te dieras cuenta lo importante que fue ese diminuto instante anterior a que se me oprimiera el corazón, esa amígdala que se llenó de sal y conchas en la playa olvidada, que las olas hicieron el favor de llenar poco a poco, metiéndole grano a grano la arena por los orificios para que se calcificara, y ahora todas las piedritas blancas y rojas que lo anidan salgan escurridas por la presión de tu cariño. Desde aquí me veo cubierto por el agua arrancándome suspiros cada vez que supera la mitad de mi torso, pero sigo batiéndome contra la fuerza del mar que me empuja de nuevo hacia la tierra para que el viento me revuelque, me confunda las piedras de mi corazón con las que el océano reclama en sus profundidades. En el último momento, antes de que la séptima ola pegue y yo pase a la colección del abismo, le doy la espalda al agua para encontrarme con mi mirada muy por encima del horizonte: sentado en el balcón con la angina supurante en la mano, angina aplastada entre la sangre, la sal y el agua de mar, nunca termina de expulsar sus cálculos por más que la aprieto, y me doy cuenta que el peso de mis piedras seguirá arrastrándose a la bóveda marina, que de mí solo quedará la arena en la playa con la que juega el viento a dibujar espirales para borrar la firma del mar.



Nexcoyotl
Aguascalientes, Mx.
FB: Alex Pérez



BLASFEMIA

Mamá dijo que Dios me hizo a su imagen
y semejanza, entonces yo pensé
que Dios es homosexual porque me hizo gay.

Jesús pasó más tiempo con hombres que con mujeres,
convertía el agua en vino, asistía a todas las fiestas,
se dejó mojar por Juan, David le bailó en calzones
y recibió un beso de quién después lo traicionó.

Yo digo que Dios es bisexual
porque él da amor sin problemas, ama por igual;
él también guardaba un secreto.
Tristemente lo terminó humillando todo su pueblo,
pero ahora dicen su nombre antes de irse a la cama,
cuando fornican.

Dios es asexual pues nunca sintió apetito por alguien,
nunca practico el sexo
ni tocó de forma incorrecta a otro ser.
Cual paloma blanca sin impureza y gustaba de vírgenes.

Dios es de la comunidad
porque él puso los arcoíris en la tierra
y mamá me dijo que para él yo soy perfecta.



Mariana Riestra
Ciudad de México, Mx.

Julia



Estoy en la sala de espera, sentada en una silla de plástico azul que hace que me suden las nalgas y que se me pegue la piel de las piernas a este asiento que me arranca la piel cada que intento acomodarme. Ya han pasado veinte minutos desde que la vi entrar al consultorio del médico. Llevaba ropa cómoda porque sabía que la harían desvestirse, que le harían llenar formularios, que le preguntarían las mismas cosas un montón de veces. Como para añadir una más a la lista le pregunto.

- ¿Quieres que entre contigo?
- No, va a ser bien rápido. Entro y salgo.
- Aquí te espero.

Volteo a ver el techo y sus focos. La luz en el cuarto es blanca y antinatural, falsa, como de simulacro.

Cuando Julia y yo comenzamos a querernos éramos apenas unas niñas. Nos habíamos conocido en la primaria, ella en primero y yo en tercero, jugando al avioncito en el patio del recreo. Lanzábamos una piedra, brincábamos en una o en dos piernas, la recogíamos y volvíamos, cuando Julia se calló y su rodilla tiñó de rojo el asfalto. Una de las otras niñas corrió a llamar a la maestra y yo me quedé con Julia. Me senté al lado de ella mientras lloraba y le besé el raspón que sangraba desde decenas de diminutos orificios.

Julia era preciosa. Incluso cuando lloraba era preciosa.

—Soy María—, le dije mientras le tomaba la mano y le limpiaba con mi propia saliva la tierra y la sangre.

Volteo a ver la ventana que se encuentra detrás mío. Es enorme y tiene un tinte azul, como las de tantos hospitales. Del otro lado del vidrio, al exterior del hospital, veo pasar a una fila de hormigas. Van todas formadas y caminando hacia quién sabe dónde. En mis ojos se cruzan unas que van, entre dos, cargando una migaja de pan. Va una de cada lado de la morona. Una es más rápida que la otra, de hecho la va dejando atrás. De hecho acaban de dejar el pan caer. La más veloz de las dos lo vuelve a cargar. Sigue sola.

Este hospital era antes un convento. Todavía hay vestigios de ello, entre las monjitas que andan por los pasillos y hacen a su vez de enfermeras hasta el carácter pseudo-caritativo del lugar, recibiendo a borrachos, mujeres golpeadas y migrantes.

Me imagino que la sala en la que me encuentro fue alguna vez el comedor de las hermanas: se encuentra al lado de la cocina del hospital y su puerta da a un pasillo largo al que puedes seguir para llegar a los consultorios, antes recámaras. Hacia allá fue que vi caminar a Julia hace ya media hora. Iba nerviosa, andaba rápido. Cuando cruzó el umbral, no volteó a verme. Este hospital era antes un convento y me pregunto si dios estará de acuerdo con la manera en que pienso en Julia, en lo estruendoso de su risa, en lo brutal de su sollozo.

Me imagino que, entre tanto papeleo y los estudios, la consulta se alargó. Me imagino también a Julia maquillando la verdad con la ligereza de su voz. Despego con dolor mis piernas de la silla de plástico y siento que la piel se me separa un poco de la carne y la carne, a su vez, de los huesos. Me levanto. Tomo mi bolsa del piso y la pongo en mi hombro derecho. Me desbalanceo un poco, pero camino hacia el pasillo. Aquí afuera hay lo que me imagino que fue el gran claustro del convento. Camino hacia la puerta por la que entramos al hospital y salgo a fumarme un cigarro. Tomo el encendedor con una mano y pego el cigarro a mis labios con la otra. Lo enciendo. Le doy una calada. Le doy dos. A veces quisiera ser humo.

Me pierdo en medio del ruido de la calle y el viento que provocan los coches al pasar. Veo al suelo un tanto lejos de mí y observo a una paloma que atrapa con su pico a un grillo. Lo toma fuerte. El grillo trata de huir. Se retuerce. La paloma sacude su pico y mueve el hocico. No hay escape.

La primera vez que Julia me besó estábamos en casa de una de nuestras amigas de la secundaria. Nos habíamos quedado a dormir un viernes por la noche y estábamos acostadas una al lado de la otra, cada quien en su sleeping bag. Todas acabábamos de ver una película de terror y nos habíamos quedado hablando de si nos daban más miedo las historias de posesiones y fantasmas o las de asesinos en serie. Julia y yo estábamos acostadas viéndonos la una a la otra. Para crear una atmósfera más tenebrosa, una de mis amigas pidió que apagarán la luz. Cuando lo hicieron, todas gritaron menos Julia y yo, que nos tomamos de la mano inmediatamente. Mientras algunas gritaban y pedían que prendieran la luz de nuevo, Julia y yo callamos. La vi aproximarse lentamente. Puso su cara junto a mí. Me acerqué. Puso sus labios en los míos. De repente prendieron la luz y nos separamos como si nos hubiéramos electrocutado.

Fingimos que ese beso jamás sucedió. Fingimos que todos los besos eran circunstanciales. Una respuesta instintiva ante el miedo, ante la borrachera, ante la tristeza de la otra, ante todo lo que estaba mal alrededor nuestro. Nos devorábamos por instinto, nos alejábamos por supervivencia.

La última vez que Julia me dijo que me amaba fue esta mañana, cuando me imploró que dejara todo y pasara por ella para venir al hospital. Mi respuesta fue la misma de siempre: corrí a su lado por simbiosis.

Me termino el cigarro, lo apago y lo guardo la colilla en mi bolsillo para no echarla a la banqueta. Camino hacia la cafetería que está cruzando la calle y me pido un americano con un chorrillo de leche y al salir del local veo a dos perras callejeras que andan por la avenida. Van llenas de tierra y lodo, pero contentas. Se sonríen como lo hacen los animales, mientras una va siguiendo a la otra. Se comen un pan entre las dos y dejan un montón de moronas en el suelo. Cuando la primera se detiene la otra también lo hace. Cuando la primera ladra la otra la imita. ¿Van alegres o se espejean? ¿Van juntas o una marca el paso?

Cuando Julia me dijo que se iba a ir a vivir con Rubén me ofrecí ayudarla con la mudanza. Cuando me dijo que estaba embarazada le tejí unos calcetines para cuando naciera el bebé. Cuando perdió al niño la cuidé y le sequé las lágrimas con mis manos. Cuando Rubén le dejó el pómulo morado la ayudé a cubrirlo. Cuando la corrió de la casa le di asilo. Cuando lloró la escuché. Cuando volvió con él la procuré. Ahora que le provocó un esguince en la muñeca estoy aquí, mintiéndoles a mis jefes y diciéndoles que no puedo llegar a la oficina porque estoy enferma.

Porque están repavimentando mi calle.
Porque tuve un accidente de coche. Porque.

Estoy en la calle y ando por entre las moronas que las dos perras acaban de dejar a su paso. Ya han pasado 40 minutos desde que la vi entrar al consultorio. Llevaba ropa cómoda como la que la he visto usar cada vez desde hace un par de años, preparada para la siguiente eventualidad y el próximo interrogatorio.

—¿Dónde estás?

Leo su mensaje y camino de vuelta al interior del hospital. Camino de manera apresurada. No quiero hacerla esperar. Veo a las perras ahora de reojo y las noto sin rumbo, perdidas. Entro. Veo a Julia esperándome para irnos. Me sonrío apenas con su brazo enyesado. Le sonrío de vuelta como mimesis. Sin rumbo, partimos.



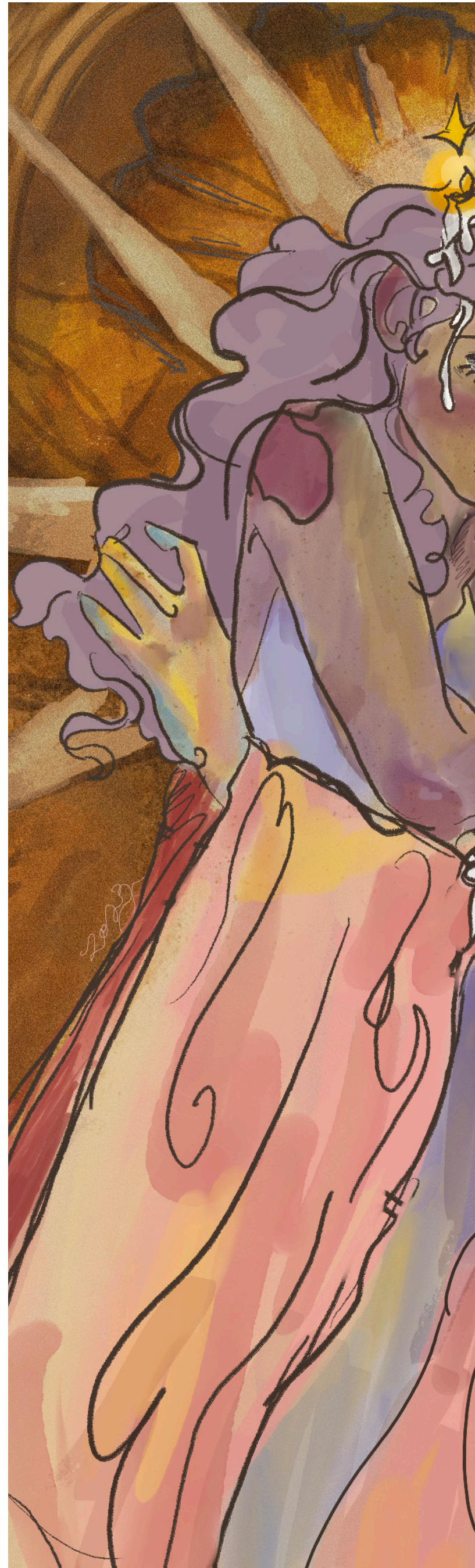
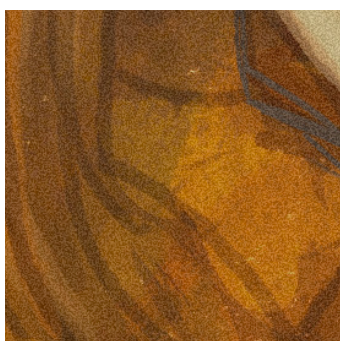
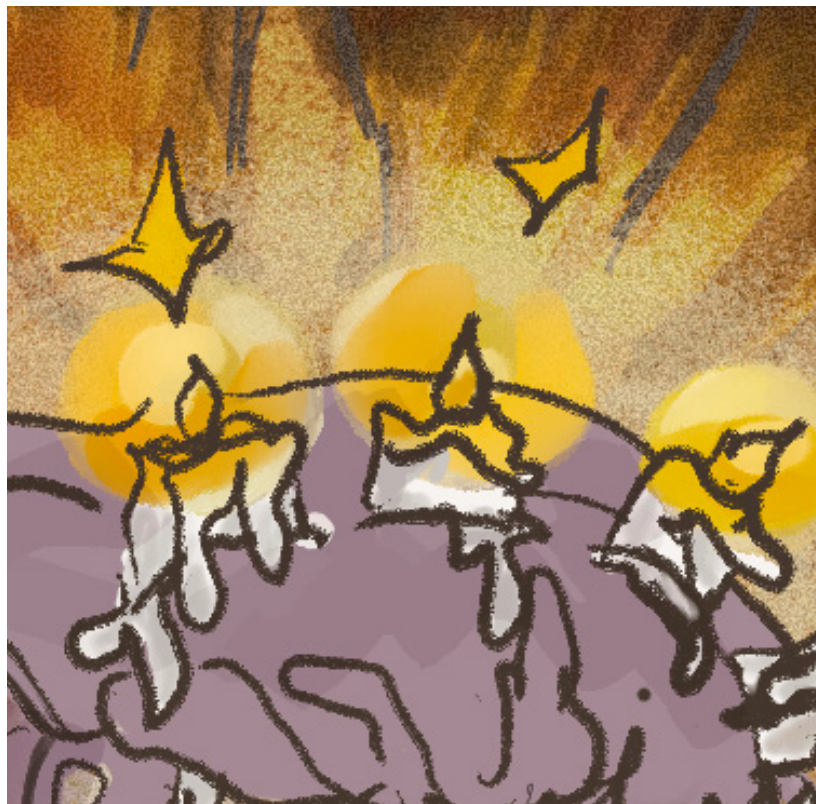
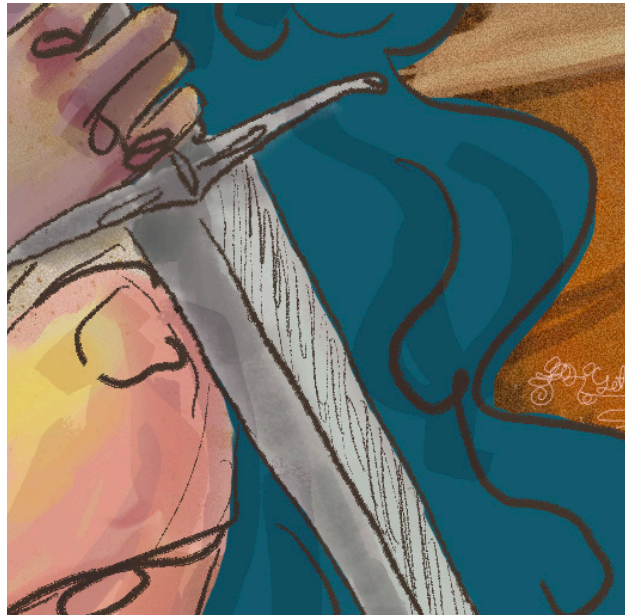
“Le sonrío
de vuelta
como
mimesis”

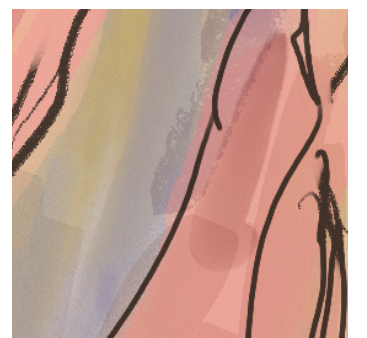
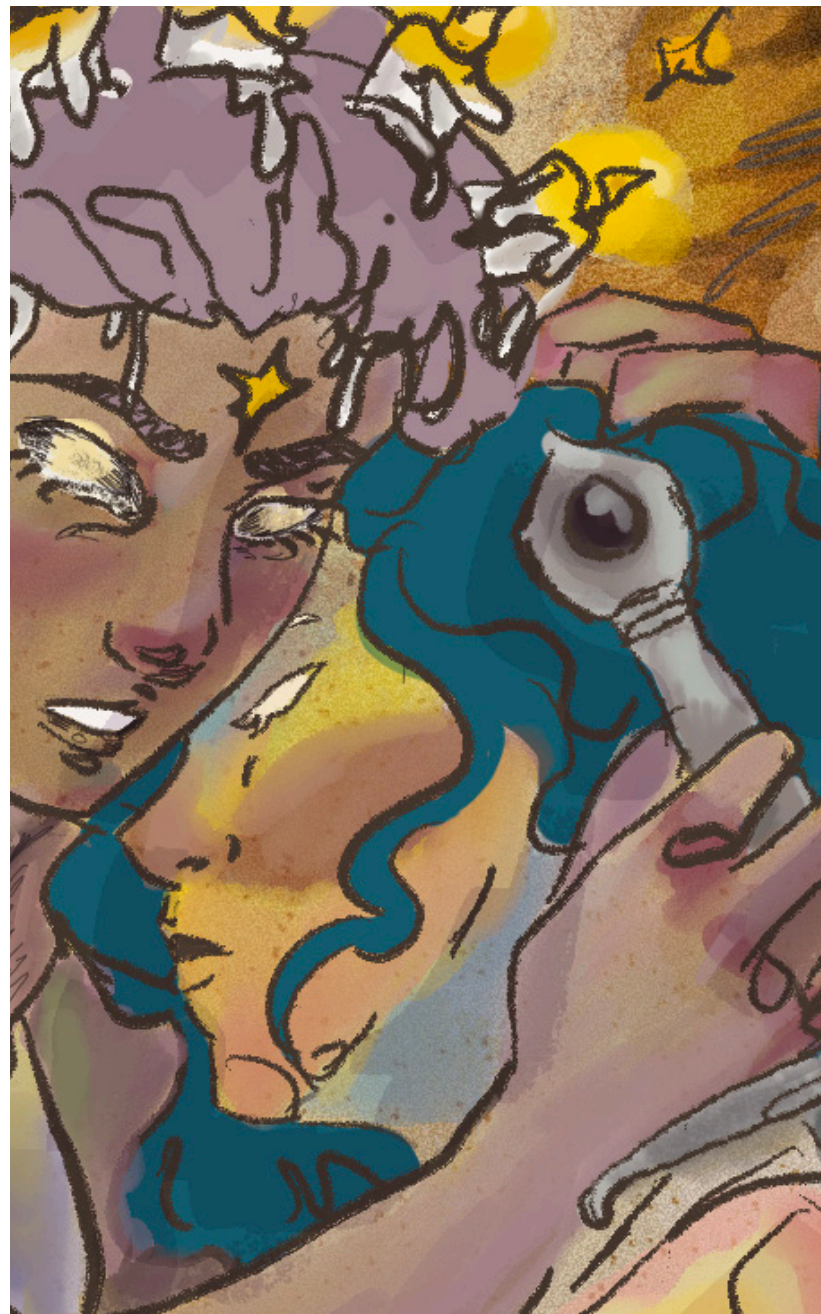
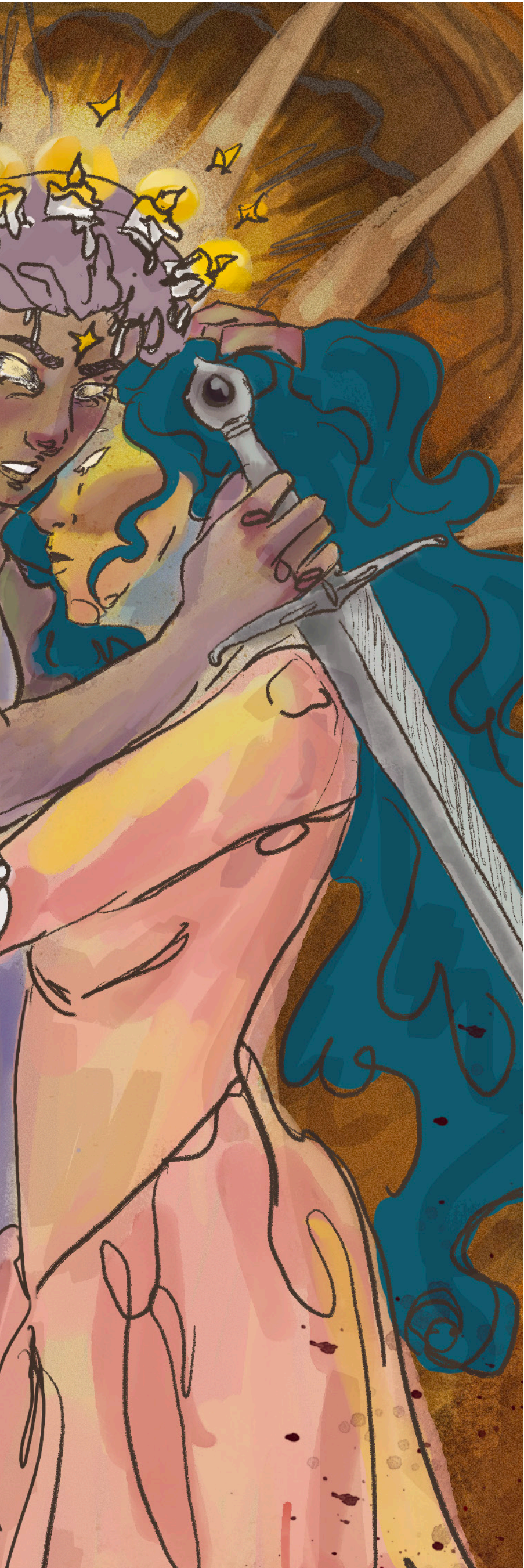


Marcia L. Ruiz Olguin
Ciudad de México, Mx.
IG: @markibreet
IG: @mar.s.cottageogdrams

Daffodil

16





Luz Solís
Cholula, Puebla
IG:luz_solisg



EL INTER MEDIO

Los márgenes del recuerdo son nítidos, pero la voz de su profesor favorito de la secundaria es clara.

“Está bien estar atraído a tu mismo sexo y ser gay. ¿Pero a los dos? No, eso es anormal, esos deberían decidir solo uno.” Lo dijo con la misma entonación con la que enseñaba, imponiendo autoridad.

Ella sintió cómo su identidad se encogió, un pedazo más cortado. Mujer, adolescente, mexicana, y ahora, *esos*.

Anormal: una ternero con dos cabezas, heterocromía, sexo entre hermanos, la virgen embarazada, esas sandías cuadradas japonesas.

Querer besar a Marco. Normal. Querer besar a Diana. Normal. ¿Simultáneamente? Anormal.

Dos días después de que su mejor amiga dio su primer beso, ella dio el suyo. Sus primeras citas fueron al mismo tiempo, sus novios eran amigos. *Adonde tú vayas, yo voy*. Años después, ella aprendería el término “relación codependiente”, la foto de ellas un augurio.

Vamos a checar si besamos bien, recuerda que fue la justificación, sus habilidades una hipótesis esperando a ser respondida. ¿De qué otra manera podían contestar las dudas que tenían? Los hombres eran un enigma, sólo posibles de descifrar con revistas brillosas y horóscopos semanales. Con ellos existían reglas invisibles, inquebrantables: no le contestes los mensajes tan rápido, mínimo media hora. Si están en una fiesta y te dice que vayan afuera a platicar, no te quiere para una relación seria. No seas intensa, eso los puede asustar.

Había una división. Ellos en la primaria jugaban a los superhéroes, ellas convivían en un círculo con las piernas cruzadas. Cada miércoles las niñas tenían clase de costura; punto de cruz, agujas sin filo. Ellos tenían la clase libre. La primera vez que escuchó la palabra “gay” fue cuando un niño quiso tomar la clase de costura con ellas.

Recuerda bien cómo jugaba con su cruz de plata por el nervio. Un obsequio de su primera comunión; en ese entonces aún creía que existía un cielo. Fue distinto a comparación de besar a su novio, estaba esperando la misma decepción húmeda que fue su primer beso. Sabía a la cerveza barata que compraron siendo menores de edad, a dulce artificial; su labial sabor cereza. Los márgenes de ella eran claros, fáciles de delimitar. Su amiga se quitó primero, su instinto buscó más.

Se rieron. Eran pésimas besando.

Lo repetirían. En baños, fiestas, una vez en una banquetta. En su mayoría como un chiste, pero, algunas veces se volvería serio, carnal. Siempre un secreto.

Están en una cita, en la sección de mujeres de una tienda departamental. A ella le gusta mucho él. No quiere admitirlo aún, porque hacerlo sería una vulnerabilidad.

En algún momento, él se pone un abrigo negro, hermoso y largo. Se lo muestra, contento. Expresivamente andrógino, una confusión de género andante. Al verlo, su cabeza se llena de ruido de estática.

“Aunque, es de mujer.” El comentario escapa de su boca, con un leve tono de reproche. En ese momento encarna a su abuela muerta. Se arrepiente al segundo. Se odia. Quiere ser capaz de poder dar cumplidos sin sentir el impulso de sacarse los ojos de la pena.

“¿Y qué tiene?” Le contesta, casual.

Cuando tenía diez años su actriz favorita se cortó el pelo; arriba de la oreja, un guiño juvenil. Había pasado horas en frente del monitor de su abuela, quemando sus retinas con cualquier foto que pudiera encontrar de ella. Cuando tenía dieciocho años un actor de su serie favorita salió en una portada de revista con tacones altos, de un brillante rosa pastel. El hecho de que tuviera una esposa y una barba enaltecíó que se pintara las uñas y usará pulseras con cuentas de plástico.

Ella quisiera desear abdominales marcados de músculos inflados, o senos suspendidos como globos y caderas enormes. Así se lo podría explicar a otros *Mira, no soy tan diferente a ti, me gusta lo mismo*. Pero el abrigo y el corte y las plataformas rebotan en su mente. Y qué tiene y qué tiene y qué tiene. La haría normal seguir lo adscrito, en vez de anhelar disidencias.

Lo ve de nuevo. Qué tan enfermo sería decirle *Juguemos un juego: intercambiamos los roles. Yo uso tu traje; tú, mi vestido*. Sabe que si lo dice se malinterpretaría, él probablemente imaginaría algo sexual; una dominatrix vestida de cuero negro pisando pelotas. Es más simple que eso, le gustaría saber cómo se siente amar como un hombre. Esa fina línea entre poseer y devoción.

Pero, no le dice nada. Suelta una risa nerviosa, voltea de nuevo hacia la ropa. Existe un espacio entre la vergüenza y el deseo. En el intermedio se encuentra ella, en una jaula construida con su propia mano.

“¿Eres hetero?”

Está rodeada de desconocidos. La pregunta viene de su lado, inocente.

“Ah, no. Soy bisexual. ¿Por?” Odia como sale de su boca lo último. Suena a la defensiva; un perro ladrando detrás del portón cuando alguien se acerca. Se le olvida que a la gente no le importa. Que si dice la verdad no va a pasar como en secundaria, cuando su mejor amiga le dijo un día *No creo que podamos seguir siendo amigas, ¿eres una lesbiana?* Ella contestó indignada, *no, qué asco, cómo crees*. Al mes de no hablarle se disculpó, *pensé que lo eras, perdón*. Sigue esperando lo peor de la gente.

“Pensé que eras hetero.”

“¿Por?”

“No sé. Te ves hetero.”

Se ríe. No dice lo que piensa: *¿Qué mierda significa eso? ¿Me debería pintar el pelo magenta, morado y azul para que parezca, o qué?* No la culpa, ahora tiene un novio. Ha hecho las paces de que su identidad será invisible para quien la vea en la calle con su pareja. Con un hombre: hetero. Con una mujer: lesbiana.

por que nunca me dijiste??

El mensaje flota en medio de un espacio blanco. Viene después de que sube una imagen a sus redes, algún meme con la bandera bisexual. Es el mayor esfuerzo que hará para salir del clóset con su círculo de amigos; un chiste, nada de grandes anuncios sentimentales. Empieza a teclear, *clack clack clack* suena la furia detrás de cada letra que escribe.

una vez nos estábamos arreglando en tu casa y me empezaste a contar sobre esta chica de tu salón que era tu amiga. luego te contaron que era lesbiana. No me recuerdo exactamente pero recuerdo cómo te volteaste y me dijiste “no me sentiría cómoda siendo amigas con una torta”. No te conté porque me diste tu respuesta hace años. también sabía que si te dijera iba a cambiar como pensarías de mí y no quería eso en ese momento

Lee el mensaje dos veces. Lo borra. Nunca le contesta.

No ha salido “oficialmente” del clóset con sus padres. No ha sucedido “La Escena”, el clímax de cada historia con un personaje gay adolescente. Cara a cara, ella sola en el escenario, un desahogo sin confesionario. *Mamá, papá, soy...* Una pausa suspendida, tal vez una lágrima para elevar la



emoción. Un aplauso del público por su valentía, es algo difícil darte cuenta a los doce años que también te gustan las tetas.

Aún no ha deducido porque no lo ha hecho. No le apena, pero, no ve la necesidad de compartirlo. Es algo suyo, personal. ¿Por qué tiene que anunciarlo? Cuando dio su primer beso se lo contó a su mamá un mes después, cuando intentó tener sexo por primera vez y lo odió no fue corriendo a sus padres a avisarles. Si llega el día que tenga una novia se lo diría a sus papás en la sobremesa, como si fuera pedir que le pasaran la sal.

Aun así, saben. Como un instinto parental. Su papá siempre añade el notorio o cuando dice "cuando tengas novio o novia", "si te gusta algún chico o chica". Le ha corregido, sonriendo, di pareja, papá, pero, aprecia el esfuerzo. Sabe que no es común, que nació con suerte. Últimamente intenta agradecer lo que tiene.

Una vez su mamá y ella estaban en el coche, tenía catorce años. Su mamá le preguntó si le gustaba algún chico. Vio su cara, entendió y dijo casualmente "No te interesan mucho los chicos, ¿verdad?"

Fue fácil asentir.

A veces piensa en sus antepasados. Debía haber alguno como ella, que se quedara viendo algo al borde de lo prohibido, que se aguantara los respingos cuando su amigo le toca la mano, que tuviera inculcada represión y pena. Le gustaría averiguar, pero, probablemente nadie sabría. Secretos enterrados bajo la tumba.

Sabe sólo de una antepasada rebelde. No quería casarse.

Amaba dibujar. Quería ser arquitecta. No la dejaron porque nació como mujer. Murió ahogada en el río cerca de su casa.

La recuerda cuando saca una buena calificación en un ensayo, cuando se besa con alguien en el antro, cuando se siente cómoda en el espacio que habita. Quisiera haberla conocido, ayudarla a huir del pueblo, salvarla del agua negra.



Huliet Moreno Huizar
Chihuahua, Mx.
FB: Huliet Moreno Huizar

Puntos de una Galaxia

22

Quizás hay una gota primera, un génesis del cual se expande y se contrae la ondulación de mi género. Gotas que avanzan hacia su pasado, muriendo en el vientre de una

hoja que se rehúsa a soltarlas; debo hallar cada instante que explique, mida e intuya el origen de la divergencia.

**Excesiva imaginación
papá intermitente
disciplina impuesta
muerte imparables, temida.**

Estudiar la órbita, el suave descenso a un anhelo que se estrella en el pecho, dando vida nueva a una imagen diferente de mí.

O bien puedo dejarle el estudio a otros, ver qué términos hago germinar.

Género fluido	perdide
Pansexual	a la deriva
Anormal	sin rumbo
Indecise	en el espacio.

Quien mire a la distancia mi suave andar

deberá cifrar el movimiento de mi falda,
conocer el susurro que escondo en mi espalda,
saber la intrascendencia de todo lugar/nudar¹.

En algún tiempo, la luz cambia y mi rostro
desvela el recuerdo de un binario
y eclipsa a quien ignore el abanico
de estelas en cada cifra del cosmos/scomos².

Quien me pierda de vista hará fragmentos
de mi piel con el ángulo correcto
y tomará milenios para reconstruir su color.

Al alzar la vista verá un fulgor imperfecto
y se sabrá sin un solo reflejo
ante la diversa presencia de cada resplandor
y el dilema de su propia mirada sin fin.

¹**Nudar:** La nada, la nada como un lugar al que se puede ir.

²**Scomos:** El vacío como algo que existe en cada corazón.



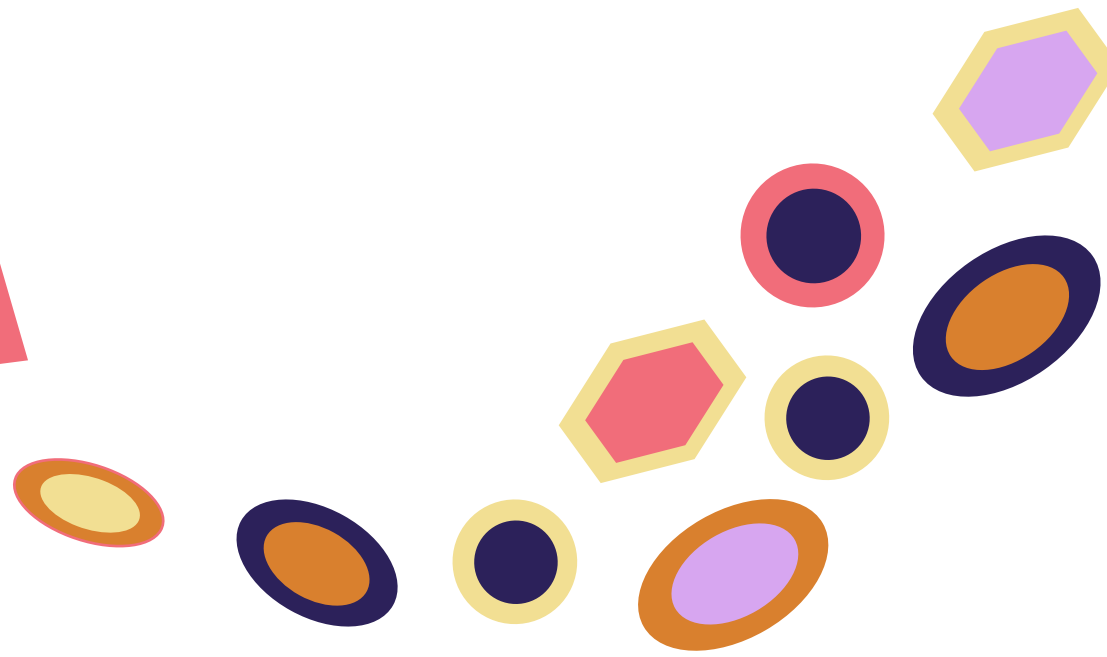
Ricardo Pérez Lopez

Nuevo León, Mx.

IG: @ricardut_

FB: Ricardut Pérez

A FUER(Z)A DEL CLÓSET



24

YO

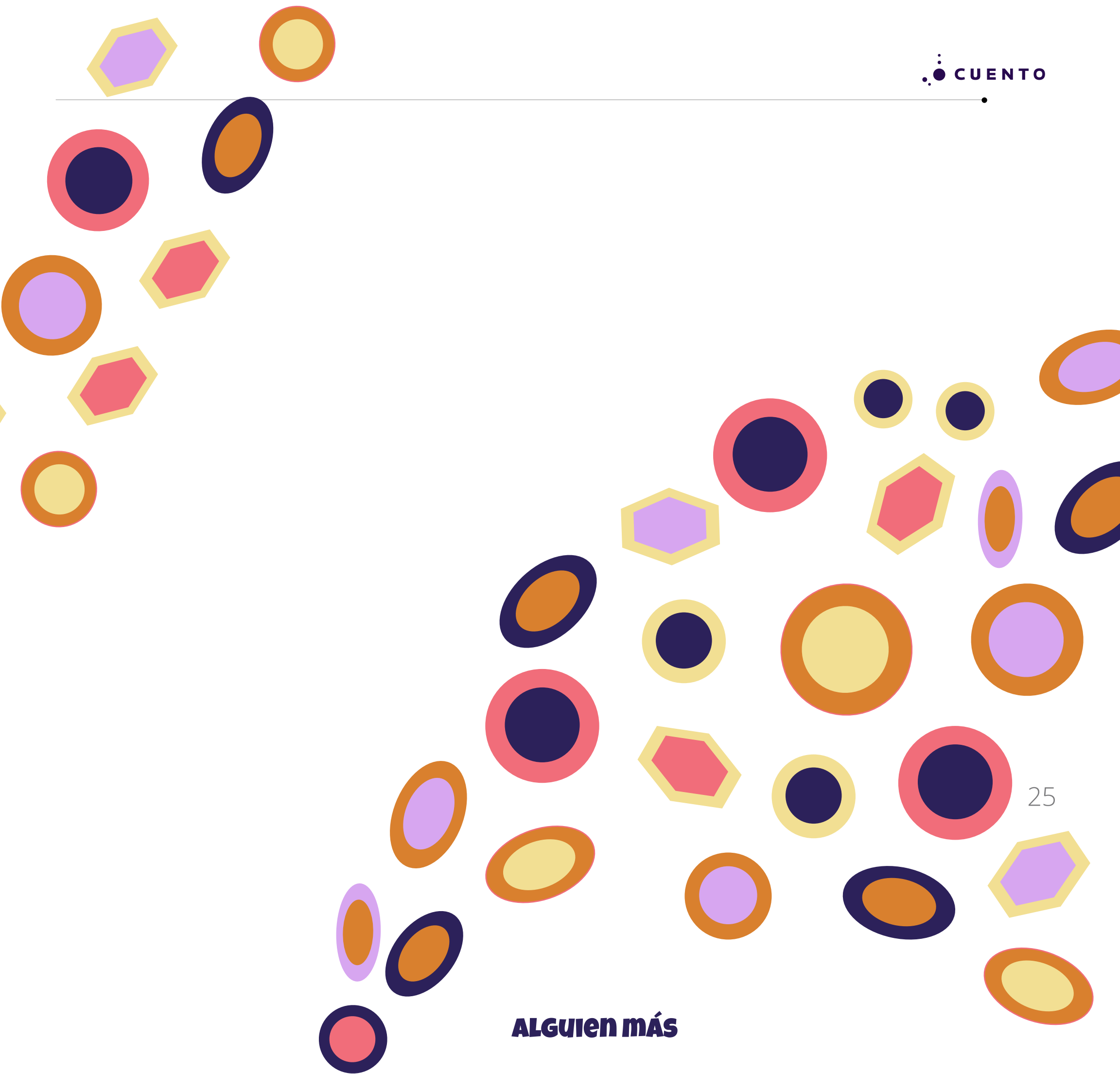
Fue a mediados del año pasado, tal vez sí tengo presente la fecha exacta, incluso la hora, pero no quiero recordarla. no es un momento grato. El día iba regular, era una visita a la abuela, nada más, sólo eso, hasta que llegó mi tía no sé por qué me pidió que la acompañara a su casa, creo que a recoger algo, o tal vez fue una mentira para que la acompañara.

Cuando mi tía maneja siempre le gusta ir platicando, sobre cosas cotidianas o no tanto. Ese día el carro tenía prendido el clima, entonces sentía frío. Me gusta esquivar las preguntas personales, porque hablar de mí no es mi cosa favorita, pero en esa ocasión se sentía diferente, el carro comenzaba a encogerse, y el frío se iba disipando. Ella comenzó con preguntas triviales, *¿cómo está tu mamá... tu papá... tu hermano?* Cada pregunta estaba más alejada de lo general, y refugiarme en la ventana no era suficiente, tampoco un sí o un no, ella quería más... *¿Y cómo vas en la escuela?* Bien, fue mi respuesta, Y... *¿tienes novia?* La respuesta más corta fue no... hasta que llegó el *¿por qué?*

Busqué respuestas en los edificios, en la calle, en los carros que estaban a lado, en los conductores, en el cielo, donde fuera, pero eso sólo hizo que expusiera mi grieta, la cual ella comenzó a hacer abismo. *Porque no, los estudios son primero, no hay tiempo para pensar en la pareja,* fue mi respuesta. Usar el término pareja y tardar en contestar, hizo que la grieta avanzara. *Ah, pero... ¿sí te gustan las mujeres, verdad?... Claro, tía, sí... ¿Seguro?... Sí,* contesté y después reí de manera nerviosa, tenía miedo, miedo de que cara expresara lo que en mi mente pasaba.

Está bien, conmigo puedes ser honesto, hijo... de nuevo buscaba salvación en algo externo al carro. *Yo ya lo sé, lo sé desde que te veía de niño, pero... quería que me lo confirmaras.* En ese momento hubo una mezcla de miedo, confusión, vergüenza, incomodidad, y un enorme deseo de evasión, lo cual se expresó en un color rojo en mi cara.

¿Eres gay? esa pregunta directa me puso la mente en blanco, no supe qué decir, sólo la miré y callé... y el que calla... otorga. Así que comenzó un discurso de apoyo, pero yo no quería oírlo, tampoco quería llorar, ni sentirme mal por ser quien soy, sólo quería olvidar todo, y dejar de sentirme tan expuesto, no estaba listo para salir del clóset, no quería ese momento, y aunque después me juró que guardaría "nuestro secreto", jamás he dejado de pensar que ella tiene un arma contra mí, tiene el poder de quitarme mi tiempo... mi momento.



ALGUIEN MÁS

Ese día mi prima se fue con mi tía, su mamá, estaban conversando como de costumbre, la escuela, la tarea, los trabajos escolares, las cosas que quedaban por hacer en la casa, pero poco a poco las preguntas se dirigieron a algo más personal, pero mi prima tiene más control sobre ella, no se deja guiar; guía, es tajante con sus respuestas, y no permite que su mamá llegue a territorios que no están listos para ser explorados por alguien externo.

No quiero hablar de eso, mamá, le diría en un tono seco, levantando una barrera difícil de derrumbar. Ella hubiera manejado mejor la situación, hubiera sabido escoger su momento.

ÉL

Ese día él fue con su abuela, yo lo vi, estaba como de costumbre, serio, saludando para demostrar su buena educación, preguntando cosas triviales cayendo en tontas, sólo para mantener la conversación, una que no existía. Su tía llegó y se lo llevó, yo los vi subir al carro, pobre muchacho, debió presentir algo, lo vi en su cara.

Oí cómo las preguntas se iban haciendo más personales, más íntimas, pero también veía como él sentía la incomodidad, volteaba a la ventana, tal vez ahí estaba la respuesta. Ella seguía, cada pregunta era un perro enorme, entrenado para matar, lo rodearon, y él se quebró, tal vez si tenía otra salida, pero no la vió clara, tal vez porque sus ojos se llenaron de lágrimas. Él lloraba, porque sentía que había fallado, comenzó a decir en voz alta lo que pensaba tantas veces, lo que le hacía ruido en su mente antes de dormir. Él, era un cuerpo expuesto, podía ver su interior, pero también como quería volver a encerrarse.

Ójala él hubiera sido más firme en sus respuestas, hubiera seguido una mentira, y no se hubiera quebrado, pero no, él cedió a la presión, y sólo le quedaba tratar de romantizar el momento, cuando fue todo lo contrario. Sé que él estuvo mucho tiempo buscando el lado optimista de lo sucedido, pero no lo hallaba, su tensión sólo crecía, ¿cómo podía mirar a su tía a los ojos?, ¿acaso ella ya le contó a alguien?, ¿acaso ella tiene cierto control sobre él?

Sé cómo se sintió, lo entiendo, pero ojalá hubiera estado ahí para defenderlo, para no dejar que se sintiera así, no fue su culpa, no era su momento, no estaba listo, no quería, pero pasó, y debió lidiar con eso.



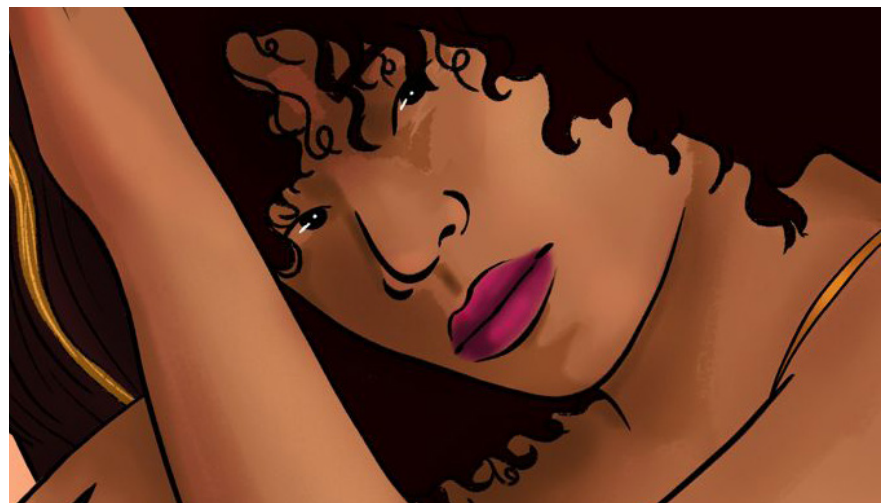


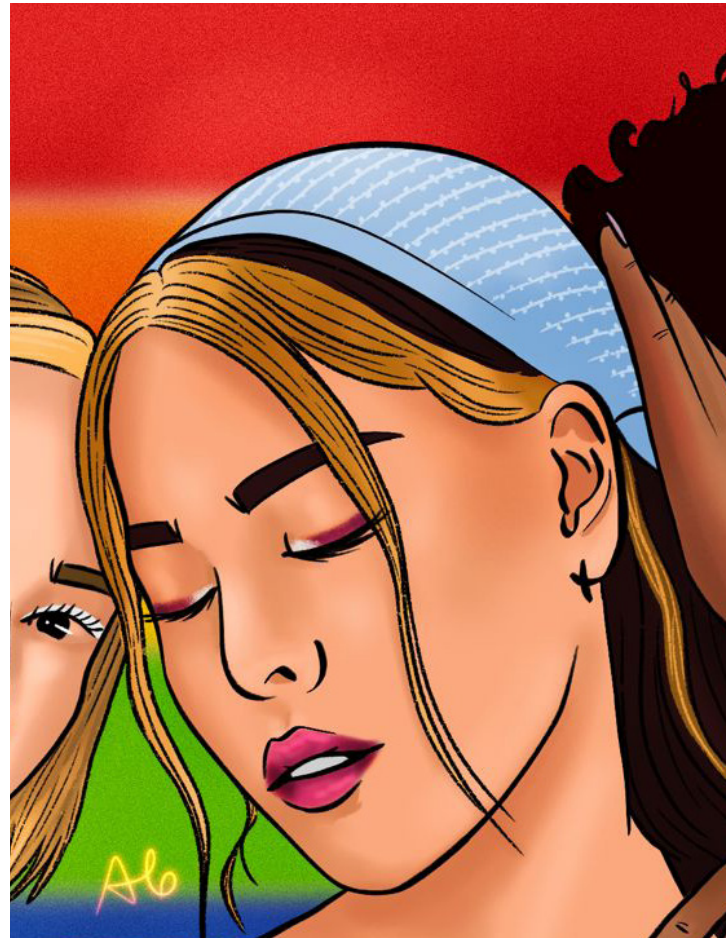
Andrea Galindo
Cuernavaca, Morelos.
IG: prismadepuerco

TQ

Y

YA





Marcia L. Ruiz Olguin

Ciudad de México, Mx.

IG: @markibreet

IG: @mar.s.cottageogdrams

30

**Corporis tui et
sanguinis sumptis
mysteriis**

La penitencia era empalagosa, llena de un peso que ahogaba la lengua y ensordece con cada lamento. Todo ese dulce estaba destinado a cubrir la putrefacción debajo. Quería alimentarme de algo más satisfactorio.

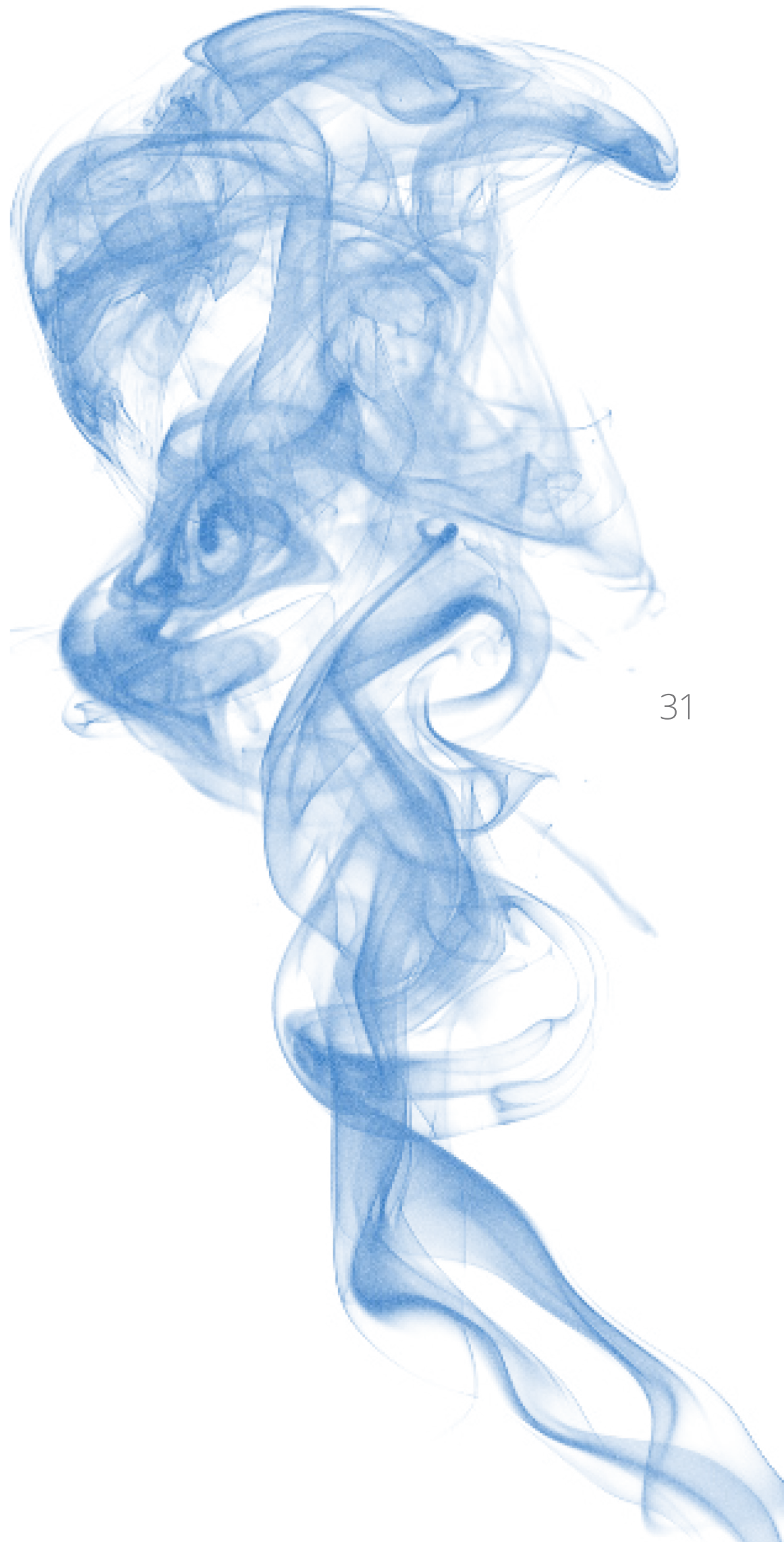
...

El mundo se tornó violeta del fuego que lo consumía todo, un manto que caía sobre el cosmos mundano posándose en las colinas y alimentándose de cada astilla que decoraba el horizonte. En el estómago de la bestia, sentía como el humo hacia llagas dentro de su cuerpo en el tejido de sus pulmones, el cartílago alrededor de sus órganos, todo se estaba llenando de sangre, el sabor a hierro abrumando su paladar. Después vino la tos, el borboteo y el primer coágulo, granate, como esos aretes que siempre veía en lo avanzado de la noche. Se los robó un día de la mantilla de un icono carcomido por el tiempo.

Ahora tal vez que lo último que viera sería ese rojo intenso, y que viniera de ella misma como retribución. Una retribución pagada sin pena alguna. Se recostó en el piso caliente viendo el cúmulo de humo retorcerse. Vio en los remolinos su niñez caprichosa, las voces que escuchaba, sus cantos y sus gritos. Cuando miraba fijamente la llama abierta, y las cosas no habían cambiado al pasar el tiempo con cada pelea ganada, con cada muerte, cada filo de espada, cada hueso quebrantado y nudillos cubiertos de sangre. Todo purificándose con fuego. Ahora era simplemente su turno.

El violeta se tornó en rojo, la sangre se deslizaba por la comisura de sus labios, había olvidado como respirar. Vio la cara de la santa por primera vez.

Hambrienta.



Despertó en un momento extinto y sin aire, luz danzaba en las ondas de la superficie bajo la que se encontraba, luz y extrañeza, murmullos. Las voces estaban de vuelta, fue extraída del agua hasta que le dolía el pecho por la presión. Escupió esta vez agua traslúcida sin rastro de sangre, a su alrededor encontraban arrodillados con plegarias en ojos nublados por una adoración incontable. Se encontraba en una pileta, sus pies aún dentro del agua, y un vestido de gasa pegándose a su piel, donde recordaba ampollas y carne chamuscada encontraba piel lisa, las gotas aún corriendo desde las puntas de su cabello a las de sus dedos. Esta vez en lugar de blandir una espada, fue la palabra, fue su cuerpo, cada roce, cada rezo y perdón, sin embargo esta vez le daban algo a cambio más que la satisfacción, ofrendas que animaban los espíritus, oro, mantillas, fuego, su aposento lleno de cera caliente y pistilos encendidos. Los aretes los encontró detrás de una piedra floja de la chimenea en su cuarto, se atrevía a usarlos siempre y cuando el cabello y el manto los cubriera de cualquier individuo. Ahora cada vez que sostenía los aretes contra la luz de la vela veía a la santa.

Le rezaba en la noche, fuera del templo, fuera de sus constricciones en el lodo, sus rodillas llenas de cortes y moretones por abusarlas contra la intemperie, al principio le ofrecía los objetos que le daban a ella en su lugar, le rezaba por los milagros por los que le imploraban y que ella pretendía otorgar, con el tiempo lo material fue insuficiente, le otorgaba animales abiertos de garganta al estómago, pero no esa sangre no

era lo que deseaba la santa, termino por cada luna nueva abrirse la palma de la mano y otorgar la suya, de el lodo brotaron pasifloras que fueron lentamente invadiendo el templo de piedra, ahogando todo en su aroma dulzón.

La santa aparece una noche, cuando ella está abriendo un nuevo corte cerca de su muslo y sabe que esto ha llegado a su fin por segunda vez. Al día siguiente su carne es consumida por sus seguidores, sus huesos se tornan en reliquias y el furor de estos causa que al caer la luna llena de nuevo el altar comience a arder y consuma todo dejando ruinas y la planta trepadora.

La Santa camina entre el escombros recogiendo una falange, se la lleva a los labios, comienza de nuevo.

...

La tercera vez fue impaciente por ver a la santa, la cuchilla corrió por su piel y encontró un hogar en el estómago.

La santa tomó el puñal y lo colgó de su manto.

. .

La cuarta vez la santa le puso una corona en su frente, ella le ofreció el reino entero. Un nuevo manto violeta cayó en una noche de luna llena. La Santa se sentía cada vez más llena.

Alguien en armadura muy parecida a la que ella usó la primera vez le cortó la garganta en la noche.

La santa recogió cada gota y ella sonrió.



...

El frío cala hasta los huesos, gotas caen una y otra y otra vez sobre su rostro, su alrededor huele a piedra húmeda. La caverna está cubierta de veladoras, objetos que ella reconoce de las otras veces, la espada, las mantillas, joyas, iconos tallados en madera, el icono del cual tomó los granates, se ve aún más carcomido, como si las polillas finalmente hubieran devorado el atuendo. Al centro iluminado por una llama azul está su Santa, dentro de una cúpula hay un cráneo, el resto un sepulcro de oro y piedra. Lentamente se postra ante ella y pasa una eternidad. Los saúces afuera murmuran con la lluvia. Entre los murmullos logra discernir a su Santa, la voz que viaja a través de toda la caverna, a través de ella y la tierra.

Le da un propósito que dura una eternidad mas, regresa a las ruinas donde encuentra la falange, retorna a su tumba donde encima de su sepulcro intacta está el cáliz con su sangre, regresa una y otra y otra vez, y finalmente entre su armadura encuentra el icono completo y encuentra los aretes.

Los reúne en la caverna vierte nueva sangre a los pies de la santa, posa sus labios sobre el casco su vaho empañando la cúpula. El goteo que se filtra por la pared ha creado un depósito de agua, del cual toma hasta la última gota, podría convertir el mar en desierto. Se viste en el manto, finalmente toda dorada y ataviada en filigrana, los aretes colgando entre su cabello como dos llamas incesantes se hinca y escucha. Abre su boca, vierte el cáliz, la sangre corriendo por sus mejillas y su garganta, toma y toma y toma, sintiendo nuevamente la llama, y las voces que no habían vuelto en mucho tiempo se vuelven una.

El regalo de inmortalidad le llena las venas, deshaciendo por última vez su delicada forma, que se desgarrar y estalla.

...

La Santa acaricia con su nuevo dedo índice los labios de su devota. La devota ahora es otra cosa, a lo que la Santa fue y quiso dejar de ser, algo más que puede satisfacer a la Santa.

Se consumen mutuamente.

SELECCIÓN DE POEMAS

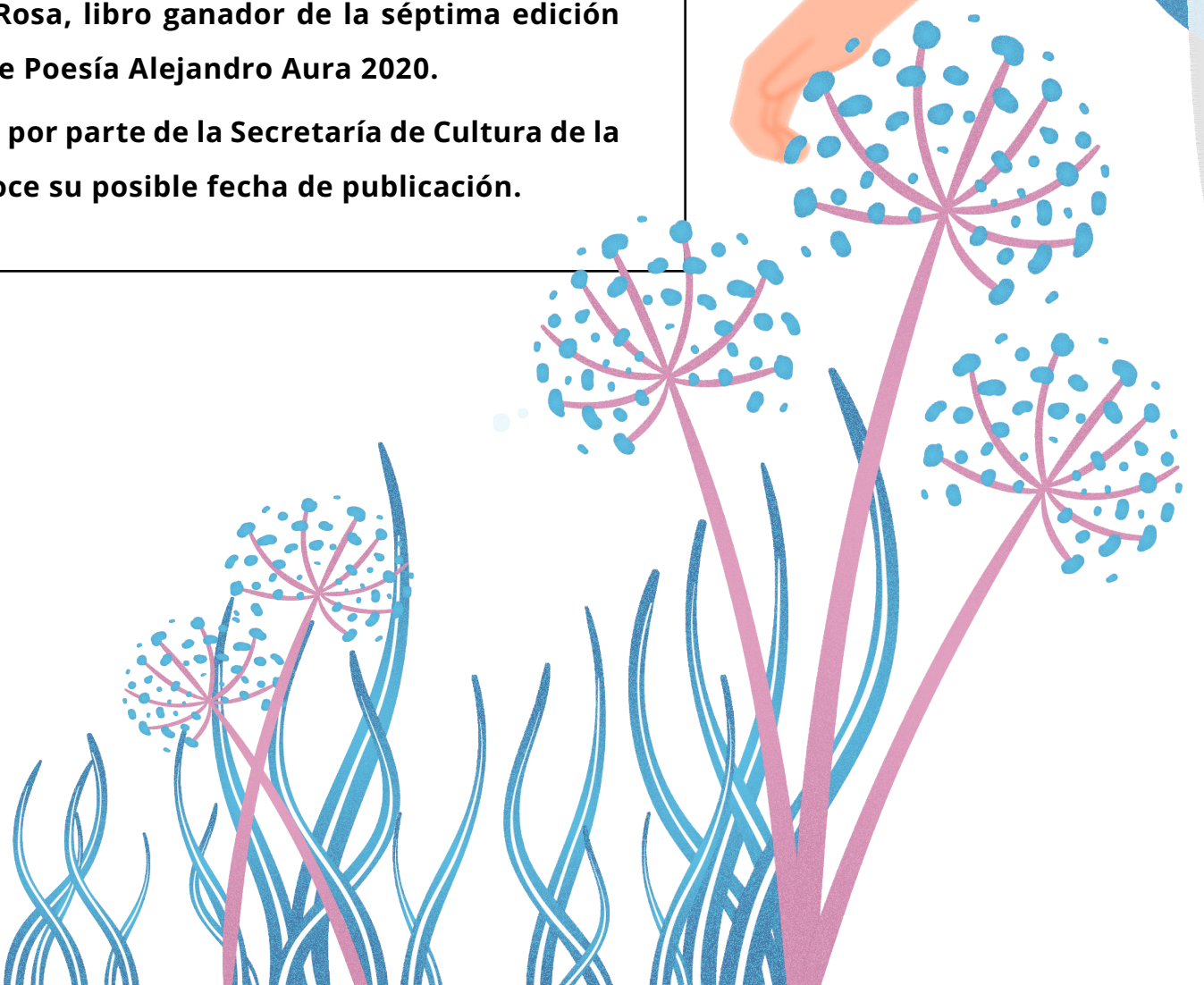
ROSA

34

Estos poemas pertenecen a Rosa, libro ganador de la séptima edición del Premio Iberoamericano de Poesía Alejandro Aura 2020.

Debido a retrasos indefinidos por parte de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, se desconoce su posible fecha de publicación.

emaLúa ganchola
Ciudad de México, Mx.
FB: Lúa GCanchola



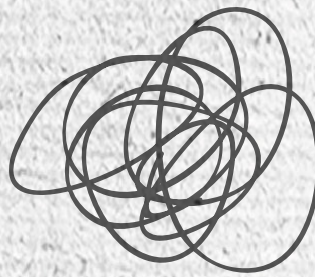
QUIERO UN BOSQUE

quiero un bosque para mí sola
uno en donde quepa
porque dicen que estoy muy grande
que mis hombros son anchos
y mi pecho un muro de concreto
dicen que estoy tan grande
que ya no quepo en la casa

quiero un bosque en el que me sienta ligera
un bosque enorme en el que llueva mucho
y caiga un rayo tras otro
en el que la vegetación sea monstruosa
y áspera, muy áspera

agua que me parta a la mitad
luz que me deshaga el cuerpo
hojas que sean mi furia

quiero un bosque tan enorme, inhóspito y oscuro
que solo pueda ser habitado por una mujer



**La maestra pasa lista dice un nombre
y nadie alza la mano se levanta de su escritorio
clava sus ojos de tigre en mí**

maestra: ¿acaso no eres orlando?

yo: no.

maestra: entonces ¿cuál es tu nombre, jovencito?

**yo, mejillas de manzana
grito con toda la fuerza de mis pulmones**

yo: ¡eh, soy una niña!

**maestra, voz ecuaciones de primer grado
me devuelve el grito**

maestra: ¡pase al frente!

paso al frente

maestra: cúbrase los pezones, el sexo
y escuche a sus compañeros
déjese vestir

todos: falda, trenzas y un moño rosa
falda, trenzas y un moño, rosa

coro de niños: cierra la boca, ábrela
quiero que entre mi lengua

coro de niñas: píntate las uñas y usa labial
te hace falta un novio

maestra: el tiempo agrandará tu panza
tendrás hijos y un esposo ebrio
lágrimas y rosarios

MELL

RO

¡eh, SOY
una niña!

AMMO
SSAA

coro de niños: vamos al cine
a no ver la película

coro de niñas: uno a la vez
no seas puta
no seas puta, no seas puta

todos: falda, trenzas y un moño rosa
falda, trenzas y un moño, rosa

mi llanto deshace el sueño
de mi boca sale el sol, la arena y el mar
al coro de niños lo disuelvo en espuma
al de niñas lo vuelvo calor
ahora la maestra es un cangrejo
que no sabe dónde vive

y
ña!

emaLúa ganchola
Ciudad de México, Mx.
FB: Lúa GCanchola

decido crecer por el lado contrario

crecer parece un destino irremediable:
deudas que no acaban, el tiempo metido en la cabeza
y charlas incómodas sobre hijos y matrimonio
una ya no puede flotar por los aires a la espera
de cualquier corriente que, amable, acepte llevarnos
ser adulto es perder las llaves de la cabeza
y tener que llamarle al cerrajero y les diré
lo que verdaderamente significa crecer:
crecer significa no ser dios

por eso yo decido crecer para el lado contrario
hacia adentro sentarme tranquila en oscuridad
y crear la luz mover la lengua e inventar razas
alienígenas o, por qué no, diosas bardas
pero, sobre todo, el mayor incentivo de no crecer:
el mundo es tan imperfecto que puedo
ser mejor Diosa que dios

emaLúa ganchola

Ciudad de México, Mx.

FB: Lúa GCanchola

339

el mundo es tan
imperfecto que

puedo ser mejor

Diosa que dios

"-Verito, degenerada es una palabra muy difícil de aplicar. Para mí, un degenerado podría ser quien viola con lujo de saña a una niña o una mujer, o un niño, quien obliga por la fuerza a otro ser humano a cometer actos denigrantes, quien mata con sadismo, pero no dos mujeres que se aman por voluntad propia y en forma solidaria y hermosa."

Rosa Rosamaría Roffiel
"Amora"





ESPORA